

ARBOLEDA POMBO, JULIO (1817-1862)

POESÍAS POLÍTICAS

ÍNDICE:

ESCENAS DEMOCRÁTICAS  
ESTOY EN LA CÁRCEL  
AL CONGRESO GRANADINO

ESCENAS DEMOCRÁTICAS

(Fragmento)

¡Musa! tú que insultaron tantas veces  
Al son de su vihuela destemplada,  
Con el nombre de citara invocada,  
Los rimadores torpes y soeces,  
No vengas: yo no quiero inspiraciones  
Por más de tres millares de razones.

No siendo dable que á la altura trepe  
Do la Musa de Homero alumbra sola.  
*Nec mihi causas memora*  
Que para mi infeliz ese aparato,  
Molesta el verso, sírvele de rémora,  
Y yo le huyo cual ratón al gato.

Fuera de eso, es sabido  
Que es defecto de gente sin oído  
Empezar levantando un grande estrépito  
Y hacer que el Numen pierda la chaveta,  
Que ya al sexto renglón está decrépito,  
Gotoso, y manco, y tuerto, y con muleta.

No; no quiero pasar por inspirado,  
Ni remontar el vuelo  
Hasta el septeno cielo  
Para caerme lánguido, cansado  
Y revolcarme en el inmundo suelo.

Deja, pues, Musa, tu furor divino  
Para el hombre de genio;  
Espera á que algo escriba don Eugenio  
Y del Parnaso enséñale el camino.

Á mí no, pobre hombre,  
Sin misión y sin nombre;  
A mí déjame solo,  
Yo no quiero cuestiones con Apolo.

Porque, Musa maldita,  
No soy yo tu criatura favorita;  
Y aunque cante un infierno, no lo cojo  
«Nel mezzo dei camin di nostra vita»,  
Porque mi infierno es un infierno rojo,  
Y para verlo no hay que andar errante  
Por diversas regiones, como el Dante.

Mi débil voz se aflige y desentona  
Si de los lindes de mi pueblo paso,  
Y por eso no invoco, como el Tasso,  
A aquella que blasona,  
«E ha di stelle immortali acarea corona»...

¡Perdón, si yo profano  
El numen sobrehumano,  
Dejando que mi pluma dé acaso  
Con Homero, con Dante y con el Tasso!

¡Oh Tasso! ¡oh Dante! ¡y tú patriarca Homero!  
¡Tú, Virgilio divino!  
Que marcáis el sendero  
Del espíritu humano y su destino.

Pirámides inmóviles, cuyas frentes  
Respetan el tiempo en su impotencia vana;  
Bellos faros ardientes  
En el camino de la historia humana;  
Destello acaso de mejor esencia,  
Que sigue y brilla cuando el cuerpo ha muerto,  
Y anima nuestra pobre inteligencia  
Como anima la brisa del desierto  
Los restos de la triste caravana...

¡Vosotros sí sois grandes! ¡Han caído  
ayes y reinos en eterno olvido,

El ciego vate, en tanto, el pordiosero  
Deja en sus versos perdurable gloria,  
Y si á Troya recuérdase en la Historia  
Es que ese nombre vive en el de Homero!

Camoens y Cervantes,  
Aquellos dos gigantes  
Que tuvieron al mundo de enemigo,  
Que ignorados pasaron  
Y apenas encontraron,  
Para morir, el lecho del mendigo.  
Eternos brillarán, mientras los reyes  
Que en medio de oro y púrpura vivían  
Dictando sus caprichos como leyes  
¡Ay! ¡apenas se sabe que existían!

Y si la Fama con su negra mano  
De Ferrara nos muestra el carcelero,  
Es que ése tuvo al genio prisionero,  
Es que el Tasso señala á su tirano.

¡Oh Dios! ¿será que hay algo de tu esencia  
Del genio en la inmortal inteligencia?  
¿Por qué no han arrastrado  
Los siglos en su flujo omnipotente  
Esos colosos cuya eterna frente  
Surge y domina el mar de lo pasado?

Si no ardiese la llama  
De la inmortalidad en esos pechos,  
¡Oh! ¿Por qué cortejarán á la Fama  
Con sus virtuosos, con sus grandes hechos  
Sufriendo desnudez, hambre, sarcasmo,  
Y sin más protector que su entusiasmo?  
- Es que allende la tumba ven un cielo,  
Un Dios, y una corona de consuelo....

¡Toma! ¡me iba tocando ya mi turno!  
Así soy yo, me arrastra un nombre mágico,  
Y sin saberlo asumo el tono trágico,  
Pero me da en los callos el coturno.

¡Pobre de mí! no hay miedo que me venga,  
Ni á quien canillas tan endebles tenga.  
Quizás si Alaix, ó Andrade, ó don Eugenio  
Me dieran un poquito de su genio,

Yo con eco profundo  
Haría rodar mis cantos por el mundo...

Don Francisco Mariano, dame aliento  
Y verás que prorrumpo en el momento:  
«¡De la toga honorable  
Y el brillante bordado ansia execrable!»  
O bien, por vida mía,  
Escribiré, á tu ejemplo, una elegía  
En que tan eficaz me inspire el cielo  
Y tal sea el consuelo  
Para el doliente cuyo mal deploro,  
Que más se ría mientras más yo lloro;  
Y acaso ¡oh gran fortuna! sucediera  
Que de miedo al cantor nadie muriera.  
Pero no; yo me espanto,  
Mi voz no alcanza á tanto;  
Mi voz alcanza apenas  
A llorar democráticas escenas.

Canto á los tontos: ahí tenéis el lema;  
Debe ser, pues, la sátira mi tema.  
No os alarméis, ilustre gentecita  
Que entre chicha y zurronecitas educada.

Gobernáis con suave manecita  
A la Nueva Granada;  
No os alarméis, os digo  
(Y os hablo como amigo)  
Porque tomo la pluma para haceros  
Ver cuales sois, cumplidos caballeros.  
(Digo así, porque nadie me creyera  
Que no tenéis caballo en pesebrera.)

Dios saca en ocasiones  
De entre rugientes fieras  
Y pintadas panteras  
Y gallardos leones,  
A lucir los insectos que decora  
Con las tintas del sol y de la aurora,  
Haciéndolos objeto de profunda  
Admiración, tan sólo por la funda.

En esto los poetas le imitamos;  
También nos ocupamos  
En sacar á los bichos sociales

De entre la muchedumbre de mortales  
Y dárselos al público, de suerte  
Que de verlos tan lindos se divierte.  
Entre el hombre y su Dios hay infinita  
Distancia - ya lo sé; pero ¿eso quita  
Que yo cante al perinclito Casiano,  
A Crispan el doctor ó al lindo Enano?

No: si hay trecho entre el hombre y el Perfecto  
Más hay entre estos bichos y el insecto.  
Si Dios piensa en el piojo y en la oruga,  
Si da carey á la infeliz tortuga  
Y á la carcoma habitación y vida;  
Si al traidor escorpión protege y cuida;  
Si desde su celeste inmenso asiento  
La dicha les reparte y el sustento  
Y glorifica así su santo nombre.

¡Oh, qué mucho que el hombre  
Deje su puesto para hacerles nichos  
A Crispín, á Casiano, y á otros bichos  
Que son en Popayán la mejor muestra  
De la sabia política  
Que la mano raquítica  
Del Gobierno doquiera nos demuestra?

¡Vamos, pues, adelante!  
Desátese la lengua,  
Ya que en ello no hay mengua;  
Sea fluido el verso y elegante.  
Conque así, bichos, ¡ea!  
Que vuestra imprenta preparada sea  
Para romper el fuego contestando;  
Que si, cuando aguantando  
Me he estado, y bien quedito  
Vuestro insectil piquito  
Que se ha cebado con eterna charla  
En mi tez limpia sin poder mancharla,  
Tanto me habéis, cobardes, molestado,  
¿Qué será ahora que os presento el lado?  
Seré yo, cual decís, un vano, un necio;  
Pero así, necio y vano, yo os desprecio.

Si sabéis, pues, leer, fijad un tanto  
La atención en mi canto,  
Que celebra las ínclitas hazañas,

Y las arteras mañas  
Con que hace de su infancia justo alarde  
Vuestro club democrático y cobarde.

....

Era de noche; por supuesto estaba  
La calle de Agustín, casi desierta,  
Y la pálida luz que se escapaba  
De una puerta entreabierta  
Dibujaba en los húmedos ladrillos  
De la vecina acera  
Los largos paralelos barrotillos  
Que llaman reja y cierran la huronera  
Que oculta de inmundicias una mina,  
Y es de un doctor la alcoba y la cocina.

Era la luz de una expirante vela  
En la rendija de un cajón metida,  
Que negra y derretida  
Apenas se consuela  
Cuando el Doctor de la pavesa esquiva

El blando extremo toca  
Con los dedos untados de saliva,  
Que se vuelve quemados á la boca,  
Limpiándolos después de la pavesa  
En el pobre cajón que hace de mesa.

Sobre la misma puerta suspendido  
De un lazo que termina en varias roscas  
Parte de un toro, ayer no más temido,  
Visitado hoy por importunas moscas  
(Que tal es del valor la dura suerte;  
¡Tan tristes los efectos de la muerte!)  
En lo interior ocupan las covachas  
Las libres y despiertas cucarachas

(Hace luego el poeta descripción de los tertulios que van entrando á junta democrática en la tienda del Doctor, y sigue un largo diálogo que entre ellos se entabla, encaminado a mal decir de los ricos y á tramar un plan de revuelta comunista. Uno de los concurrentes prorrumpe en esta declamación:)

¿Por qué soy pobre yo? ¿Por qué me insulta  
El rico, hasta al pasar por su ventana?  
La vista de su hermosa porcelana  
Su dicha aumenta, mi desgracia abulta.  
Sus muebles lujosísimos, y aquellos

Papeles mil diversos y dorados,  
Sus salones de púrpura alfombrados  
Con tapices magníficos y bellos,  
Todo me grita al alma, y le maldigo...

¡Malditos seáis, rico y tu riqueza!  
¡Maldita sea mi infeliz pobreza!  
¡Rico! ¡yo soy y he sido tu enemigo!  
¡Tu enemigo mortal, constante, eterno!  
¡Me quejo de tu Dios y de tu suerte  
Tú tienes propiedad, yo tengo muerte!  
¡Tú tienes oro y plata, y yo... un puñal!  
Tu oro te da poder, y mi pobreza  
Me da ciento y mil pobres por hermanos;  
Me da ciento y mil brazos y mil manos;  
Y en cada uno tienes tú un rival.

Tú en tu lecho de flores adormido;  
Yo de tu sangre, en mi rincón, sediento;  
Tú con la religión por instrumento,  
Y yo con la igualdad por religión.  
Tú *conservando* á nombre de la Patria  
Las leyes que ha gozar te dan derecho;  
Yo concitando al pueblo, en mi despecho,  
Contra tu propiedad, que es mi baldón.

La Patria, el Pueblo, Dios - ¡todo es mentira!  
Invención vuestra, ricos opresores,  
Para soñar gozándoos entre flores,  
Mientras yo vivo sin gozar así.  
No hay más Patria en el mundo que yo mismo,  
Ni Dios, ni Pueblo, ni Virtud, ni nada...  
¡Yo y mi venganza! ésta es mi fe jurada;  
El universo lo resumo en mí.

Yo tengo orgullo, porque sé que valgo  
Mil veces más que todos esos ricos;  
Yo sé francés, y yo he nacido hidalgo,  
Y desprecio á ese atajo de borricos;  
Y los detesto porque son la sombra  
Que vela el esplendor de mi carrera.  
¡Maldito sea el rico, y quien le nombra;  
Su Patria y su virtud! ¡Que todo muera!...

¡Oh querido Casiano! Si yo tuviera plata  
Yo fuera aristócrata,

Y déspota y tirano;  
Pero así, pobre, ni vivir ya quiero...  
¡Oh! para mí el dinero  
Es de goces la fuente; es el supremo  
Bien de que habla el filósofo: ¡un tesoro!  
¡Es todo lo que amo y lo que temo,  
Es todo lo que temo y lo que adoro  
¡Oh! ¡Yo codicio, y amo, y busco el oro!,  
¡Oro! ¡por oro sólo me desvelo,  
Y nada más, teniendo el oro, anhelo.

Mi vergüenza, mi honor y mi decoro,  
Piérdase todo si me queda el oro!...  
¡Todo lo compras, Oro, hasta la fama!  
¡Oro, tú eres la fuente de placeres,  
Que á tu brillo se rinden las mujeres!  
¡Oro! ¡metal divino!  
¡Tú eres mi religión! En este siglo  
El pobre es un vestiglo  
Y al rico se sujeta hasta el Destino.

Casiano, no hay remedio  
Busquemos oro y plata,  
Riqueza en fin, que nada importa el medio  
¡Mira! yo me volviera hasta pirata  
Corra sangre, haya guerra, muera el hombre  
Mueran hermanos, padres y parientes,  
Degüéllense las gentes;  
¿Eso qué importa á nuestra vida y nombre?  
¡Entre mares de sangre navegara,  
Siempre que del estrago y la ruina  
A mi vista surgiera inmensa mina  
Donde mi sed de oro se saciara!

(Siguen otros discursos, más o menos enfáticos, de los demás tertulianos. Uno de ellos propone que se atraiga traidoramente á algunos ricos invitándolos á un banquete, y luego:)

Cuando el licor y el entusiasmo muevan  
Sus corazones pérfidos y viles,  
Cuando los brindis, que serán á miles,  
Hagan que todos á lidiar se atrevan;  
Cuando pierdan el juicio  
Será el instante próspero y propicio.

Un desorden entonces causaremos



Entre esas viles y cobardes gentes,  
Y ya que en el desorden los dejemos  
Dos de nuestros agentes  
Seguros en la turba y como á solas  
Dispararán á salvo sus pistolas.  
Morirán dos, y luego gritaremos:  
«¡Revolución! ¡Revolución!» Nosotros  
Entre tanto estaremos preparados  
Y todos bien armados,  
Y caeremos así sobre los otros  
Derramando su sangre por doquiera:

«¡Traición! ¡Traición!» gritando,  
y «¡Muera! Muera!»  
¡Inermes ellos, sin defensa alguna,  
Nuestras serán la fuerza y la fortuna!

....

Al otro día aconteció la escena  
Preparada en la infame camarilla  
Que Dios maldice y la moral condena;  
Mas frustrósele el plan á la gavilla.

Halla un escollo el crimen cuando embiste  
En la virtud, que impávida y serena  
Sin atacar, al invasor resiste,  
Salva la paz y sus mandatos llena,  
Desviando sólo el golpe del tirano  
Y al malhechor dejando salvo y sano.

Y así le sucedió; porque prudente  
El pueblo impidió el crimen solamente.  
Y sin embargo el malhechor resuelto  
Fue por los rojos protegido, absuelto;  
Que todo criminal entre los rojos  
Es contemplado con amigos ojos,  
De la virtud y del saber tiranos,  
En la maldad y en el delito hermanos.

Quien cometa una muerte ó un despojo  
Ése es un héroe en el partido rojo,  
Y tiene pasaporte  
Para matar, robar cuanto le importe.  
Tales son, ¡infeliz Nueva-Granada!,  
Los entes que dirigen tu destino  
Hombres sin fe, sin probidad, sin tino,  
Que han de arrojarte, al fin desesperada,

Al insondable aterrador abismo  
Que llaman Despotismo...

¡Oh! más bien se padece y se tolera  
La muerte pronta que nos da la fiera  
Que el picar fastidioso é imperfecto  
Con que hiere á su víctima el insecto;  
Es menos duro dar nuestra garganta  
A un noble César, que tener por dueños  
A estos entes crueles y pequeños  
¡Ah! cuya misma pequeñez espanta,-  
Cuya alma vil la ocupa, la domina  
Un ternero - una oveja - una gallina -  
Que al ver á un campesino con un queso,  
Ya la envidia los mata,  
Y la cuestión se trata  
Como la paz de Europa en un Congreso.

¡Oh! ¡yo perdono al tigre sanguinario!  
¡Oh! ¡yo perdono al monstruo de Tiberio!  
Perdono á Sila, á César y aun á Mario,  
Esos tiranos del inmenso imperio;  
En su crueldad al menos hay grandeza,  
Ambición en sus almas varoniles;  
Mas no perdono á vuestros rojos viles  
Porque jamás perdono la vileza.  
Más bien sufro la muerte de Tiberio  
Que la multa que arranca vuestro alcalde.

¡Matad! matad más bien - y va de serio –  
Pero ya que matéis, matad de balde.  
*¡Y ved! no me asechéis en los caminos  
con ocultos y viles asesinos;  
la bala que de frente me señala  
mata tan bien como cualquiera bala.*  
¿Por qué asecháis á nadie? - Ése es insulto,  
Ésa es innmerceda desconfianza;  
¿No entra el gobierno, pues, en la veng  
Pues antes de matar pedidle indulto,  
Y después sí, con rostro descubierto,  
Si alguno va á prenderos, decid: «No;  
Ya el Supremo Gobierno me indultó;  
No me podéis prender por este muerto.»  
Así, ya veis, no hay cárcel ni proceso,  
Y en cuanto á vuestro honor ¿qué os va con eso?

Pitt, el bretón famoso,  
El genio verdadero  
Que amó á su patria más que al mundo entero;  
Pitt, cuya firme y rara inteligencia  
Desplomar pudo al inmortal coloso  
Cuyo poder espanta,  
Que humilló los imperios con su planta;  
Ese Pitt, cuya mente  
Lo invadió todo con su rayo ardiente,  
Vio lo pasado, dominó el futuro,  
Y con brazo seguro  
Echó el firme cimiento  
Do posa de Britania el reino vasto  
Y es de su hombre de Estado el monumento.  
Y Pitt, que hizo del mundo su juguete,  
Pitt, el Napoleón del gabinete,  
En cada inglés veía  
Un objeto querido, cuya vida  
Y dicha y propiedad, siempre sagradas,  
Estaban á la Patria vinculadas.  
Porque el hombre de Estado es impasible  
No conoce la ira;  
Para él no hay envidia, no hay venganza;  
La grandeza del Tono, ésa es su mira,  
Ése el objeto y fin de su esperanza.

Mas vosotros estúpidos y viles,  
Instrumentos serviles  
De un amo más mezquino todavía,  
Pretendéis gobernar á un pueblo grande  
Haciendo que sus órdenes le mande,  
Escritas entre múcuras de chicha  
Y fétido tasajo,  
Un ente vil y bajo  
Que, cuando mucho, á hacer una salchicha  
Pudo aprender allá en su pulpería.  
Y entre ajos y cebollas  
Y fermentadas ollas  
Vuestro gallardo y noble pensamiento  
Con tan buen alimento  
Los cuartillos les cuenta á los vecinos  
Como cuenta cartuchos de cominos;  
Y en toda su vileza  
Juzga que cien cuartillos son riqueza,  
Y os lleva sólo á destruir ufanos  
Esos cuartillos que llamáis tiranos.

¡Oh! ¡tales son los hombres que á mi patria  
Gobiernan! Mejor fuera que los gatos  
Nos mandaran, que tales mentecatos.  
Pero en fin, no hay remedio,  
Hombres de Estado hay de á real y medio.  
¡Feliz hallazgo! ¡rara inteligencia!  
¡A López gloria! ¡á Popayán... paciencia!

Para ser albañil, sastre ó herrero,  
O simple carpintero,  
El honrado artesano  
Ejercita su mano,  
Ni se atreve á coger el instrumento  
De su arte ó de su oficio  
Mientras no haya probado su talento  
Con laboriosos años de ejercicio.  
Un pedazo de acero ó de madera,  
Un corte vil y mísero de paño  
Se acata y considera,  
Ni hay que temer que se le infiera daño.  
Pero la patria, la nación entera,  
Sí se entrega sin cuenta al ignorante,  
Que no sabe siquiera  
Lo que es el hombre, y sin embargo ostenta  
Sobre él su autoridad torpe y pedante.  
La papa en la cocina sazónada  
Tiene su garantía;  
Mas la Nueva Granada,  
La hermosa patria mía,  
Entréganla sin fianza á esos doctores,  
Eternos charladores  
Que no saben siquiera ortografía.  
Cuando una droga nueva  
Descubre el profesor de medicina,  
Sus efectos solícito examina,  
La prueba y la reprueba,  
Y antes de abandonarla á la farmacia,  
Tienta en gatos y perros su eficacia.  
Y ni del gato mísero la vida  
El profesor descuida,  
Que el médico prepara, siendo bueno,  
Allá el veneno, acá el contraveneno.  
Sin embargo Murillo y sus secuaces  
Mudan de la nación todas las faces;  
Descentralizan rentas en un rato,  
Y hacen con esta pobre patria mía

Lo que el último médico no haría  
Al probar sus remedios en un gato  
¡Tan grande es la arrogancia  
Con que obra improvisora la ignorancia!

Allá en Britania, tierra de los sabios,  
Cada partido tiene en su registro  
Apenas uno para ser Ministro;  
Y aquel uno ha vivido  
Por luengos años estudiando al hombre,  
Y canas le han nacido  
Para adquirir y merecer su nombre.  
Pero aquí, patria mía,  
Se encuentra un Peel en cada pulpería.  
Para todo es preciso que la gente  
Aprenda entre nosotros,  
Aun para torear y amansar potros,  
Menos para ministro o presidente.

Aquel de Roma pérfido tirano  
Cuya maldad nos transmitió la fama,  
Al ver surgir la devorante llama  
Que en Roma abrasa el porvenir romano,  
Canta, y al son de su discorde lira  
El fin de Troya en el de Roma admira.  
Pero Nerón, Nerón, el asesino,  
No forjaba ridículos sumarios  
El perjurio comprando á presidiarios  
Sin razón, y sin cálculo, y sin tino;  
Porque Nerón, tan bajo y vil como era,  
Había aprendido á asesinar siquiera.  
Mas vosotros, señores soberanos,  
¡Oh! no servís ni para ser tiranos.  
Vuestro mísero agente turba el sueño,  
Grita, miente, chismea,  
Siempre vil, siempre tímido y pequeño  
Y aunque el mal le deleita y le recrea,  
Va, viene, vuelve, zumba, y se está mudo,  
Molesta sin matar, como el zancudo.  
Yo no os hago el honor de aborreceros,  
Porque no gasto mi odio en mantequeros.  
Vuestra gente de á medio, *vuestra gente*  
Me huele á chicha y cárcel y aguardiente;  
Yo la viera con risa  
Si no corriese riesgo mi camisa.  
Mas ¿qué queréis? La industria estremecida

Relucha en vano por salvar la vida,  
Y agonizante, y sola, y despreciada,  
Aquí corre, allá vuelve noche y día  
Sin que halle protección en su agonía...  
- Yo soy juez, tú ladrón; cuenta conmigo.  
- Señor, sólo dos reales he robado  
A este conservador, que es tu enemigo.  
- Pues vamos al partir... ¡pero al contado!  
Venga mi real. - ¡Corriente! - ¡Buen provecho!  
Siga usted ejerciendo su derecho;  
Yo soy juez del partido dominante;  
Todo ladrón me paga, y ¡adelante!

¡Oh escándalo inaudito!  
¡El delito que paga no es delito!...  
Pero á vosotros, seres degradados,  
Entre chicha y cebollas educados,  
Todo eso ¿qué os importa?  
Llenad vuestros bolsillos,  
Daos, pues, prisa, que la vida es corta,  
Y en la historia no hay foja para pillos.  
¡La gloria! ¿Y vos sabéis qué cosa es gloria?  
¡La conciencia! ¿Creéis en la conciencia?  
¡Oh de la sociedad indigna escoria!  
¡Que os hablase de honor fuera demencia!  
Ni hay orador, ni hay nadie que convenza  
A quien ni honor conoce ni vergüenza.  
Seguid, pues, vuestra marcha; yo entre tanto  
Me voy á descansar; cese mi canto.

(MISÓFORO, N- 2, 18 de julio de 1850)

## ESTOY EN LA CÁRCEL

En la cárcel estoy. ¡Dios de mis padres!  
Desde este calabozo te bendigo.  
Ellos me dañan, luego soy tu amigo.  
¡Vuelve, oh Señor, tu vista a mi prisión...!  
¡Ah! pero no estoy solo; cerca escucho  
Ese grito maniático, irritado,  
Que el crimen lanza; ¡al crimen asociado  
Estoy, al *asesino* y al *ladrón*!

¡Bien...! sí, ¡muy bien! acaso Torres, Pombo,

También estos lugares habitaron,  
Y sus oídos castos insultaron  
Las risas del sarcasmo criminal...  
Por ventura sufrieron cual yo sufro,  
Y asaltaba su oído este anatema,  
Esta voz del delito, voz blasfema,  
Que cunde por el aire sepulcral...

Pero no; me equivoco: no podía  
Llegar a tanto el orgulloso Ibero:  
Morillo fue valiente, fue guerrero,  
No tuvo la vileza del reptil;  
Morillo arcabuceaba noblemente,  
Ante el brillante sol del meridiano;  
Morillo pudo y supo ser tirano,  
Pero no pudo, ni alcanzó a ser vil.

¡Oh de las almas vasto lazareto,  
Do la virtud se ofrece en sacrificio,  
En las aras sacrílegas del vicio,  
¡Abusando del nombre de la ley!  
¿Qué hago yo *aquí*? *Yo aquí soy* tan extraño  
Como el honor en el febril bufete  
Donde López, estúpido juguete,  
Teme en Obando á su amo y á su rey...

¡Y nos llaman iguales!... Este cancro  
Que ara en mi mente con su ardor contino,  
¿Siéntelo por ventura el asesino,  
Monarca de la lóbrega prisión?  
Él, que no tiene honor, se goza y ríe  
De la palabra-que estremece mi alma;  
Él goza; yo agonizo ; él oye en calma  
Lo que hiela mi pobre corazón.

Su ser bastardo ante el tirano inclina  
Se queja... ¡de hambre! y oye indiferente  
Que le llamen infame y delincuente,  
Siempre que un pan arrojen á sus pies.  
Y á mí, entre tanto, me parece horrible  
Pasar este alimento solitario: -  
Sólo el tigre insociable y sanguinario  
Gruñe, y devora la apresada res.

Otro se afecta por la muerte amiga,  
Que yo prefiero á su blasfemo acento;

Éste me envidia acaso en mi tormento,  
Que no comprende y me consume á mí... -  
¡Oh! ¡mil veces la multa, mil la muerte,  
La hambre que agobia y esa sed que irrita,  
Y no un instante esa prisión maldita,  
Que es el infierno la existencia aquí...!

¡Apartad esos niños inocentes!  
¡Quitadlos sí, porque me son queridos,  
Y no quiero que llegue á sus oídos  
Algún bárbaro acento de impiedad!  
¡Y vosotras, señoras, cuya planta  
Ágil se mueve hacia la casa impura,  
No profanéis, por Dios, vuestra hermosura:  
Evitad este abismo de maldad!

El hospital, donde el guerrero herido  
Yace y se agita en funerario lecho,  
¡Oh! allí la mujer tiene derecho  
De aliviar el humano padecer;  
Porque ese asilo do agoniza el pobre,  
Vuelto á Dios, su bienhechor, los ojos,  
Es la puerta del cielo, que de hinojos  
El ángel guarda y honra la mujer;

Mas la prisión, donde de Dios blasfema  
El criminal infame empedernido,  
Tan sólo ofende vuestro casto oído,  
Sin atenuar en nada mi pesar.  
¡Huid! ¡huid! Señoras compasivas,  
Éste no es el lugar de la inocencia:  
Partid, y recordad en vuestra ausencia,  
Que yo *no debo* en este infierno estar...

¡Mi bien, mi amor, mi angelical Sofia,  
Adorno de mi casa y de mi nombre!  
La flecha, huyendo de mi pecho de hombre,  
Va de rechazo, á herir tu corazón...  
Y te hieren á ti... -¿Qué mal les hace  
El triste llanto que tu rostro baña?  
¿A quién le causa pena, á quién le daña  
La arma de la mujer, que es la oración?

¡Oh, tú, Matilde, madre generosa,  
Cuya virtud el mundo ha respetado,  
Sal - parte - huye! el aire está infectado



mal te sienta el respirar aquí.  
¡Presto huye! arranca esta infeliz esposa,  
¡Ay! y arranca estos hijos de mi seno,  
No sea que absorban el letal veneno  
Que me circunda y me consume á mí.

¡Oh madre! ¡madre, cuyo nombre puro  
Ha respetado hasta la envidia impía,  
Deja que apure el cáliz de agonía  
Y me haga digno de deberte el ser!  
Yo sólo aspiro, madre, á ser tu hijo,  
A amar la libertad que tú has amado,  
A adorar la virtud que has adorado,  
Y de hijo tuyo el nombre merecer.

Bendice, madre, sin cesar, bendice,  
Dile á mi tierna y á mi casta amiga,  
Que del Señor la voluntad bendiga,  
Ya que quiso probarme en su crisol,  
El crisol del tormento, donde puso  
La majestad inmensa, soberana,  
Del que fundó la libertad humana –  
¡Hermano nuestro y regidor del Sol!

Y único Sol de la esperanza nuestra,  
Como Dios grande, más que el hombre humilde,  
Que adoras tú de hinojos, oh Matilde,  
Humillando tu frente ante su cruz...  
Cuando tu forma ante esa cruz se inclina,  
Cuando tu labio por los hombres ruega,  
Tu súplica piadosa al trono llega  
Donde se sienta el Padre de la luz:

El ángel que te guarda se sonrío,  
Recoge tus palabras, tiende el vuelo,  
Llega, y postrado en el sublime cielo,  
Las pone al pie del trono del Señor. –  
Pídele, pues, que á nuestra Patria salve,  
Con esa voz de caridad ardiente;  
Que Dios escucha la oración ferviente  
Con que defiende el justo al pecador.

....

Anochece: el adusto carcelero  
A otra región solícito me lleva

Se abre á mis ojos una reja nueva;  
Por fuerza extraña conducido voy  
Luego, sobre sus goznes rechinando,  
Pesa, revuelve la mohosa puerta,  
Y adentro queda mi palabra muerta,  
Y en otra tierra, en otro clima estoy.

Los insectos inmundos se apoderan  
De mí, y en torno la muralla brota,  
Con monótono ruido, gota á gota,  
La agua letal de que impregnada está...  
Mis *humanos* guardianes me han privado  
Hasta del triste y necesario abrigo;  
Mas tengo lumbre, y el papel amigo,  
Que a recibir mi pensamiento va;

Y tengo lo que pocos hombres tienen,  
Sí tengo á aquél que, en mi temprana infancia,  
Me arrancó del poder de la ignorancia,  
Ayudando á formar mi corazón;  
Al que fue mi maestro, y es mi amigo –  
Amigo cual ninguno - tengo a Luna,  
Estoico vencedor de la fortuna,  
Que logró, por favor, esta prisión...

¿Quiénes son estos hombres, que así miran  
Melancólicamente al que ha venido?  
Cada cual, de mis males condolido,  
Me lanza una mirada de amistad;  
Sírvenme atento, respetuoso; y guarda,  
Cuando escribo, silencio; y aun me obliga  
A que reciba de su mano amiga  
Una prueba de afecto ó de piedad.

¿Sus delitos? - ¡Señor, mejor lo sabes!  
Fué la inocencia su único pecado  
Quizá, ó algún infame magistrado  
Sació en ellos, sin causa, su rencor.  
¡Tal es nuestra *igualdad*! ¡Por fuera canta,  
En arresto mentido el delincuente,  
Y adentro sufre y calla el inocente!...  
¿Por daño estoy aquí? -- lo tengo á honor.

Búrlese allá el ladrón privilegiado,  
Y sirva impune á depravado intento,  
Siendo acaso mortífero instrumento

De venganza, en tus calles, Popayán.  
No hay que temer aquí del rematado,  
Sino del juez algún *mandato expreso*;  
Ni escandaliza el desgraciado preso,  
Ni arredra la prisión, sino el guardián.

¡Oh Patria! ¡Patria! ¡por doquiera miro  
Enseñoreado el crimen de tu suelo!  
¿Son éstos ¡ay! los frutos del desvelo  
Del genio, de la ciencia y la virtud?  
¿Nuestros Padres apenas consiguieron,  
Después de tanto esfuerzo sobrehumano,  
Variar el nombre del feroz tirano,  
Dejándonos en peor esclavitud?

¡Dios y Señor del mundo, cuya diestra  
Vertió sobre mi Patria la abundancia!  
¡En alas del delito y la ignorancia,  
Llega el hambre á tu tierra de Canán!  
Y los hijos del crimen, derramados  
Sobre tu paraíso, en el estrago  
Se gozan; y tu pueblo errante y vago  
Tiembra ante el hijo réprobo de Can.

Donde antes hubo flores, hay abrojos  
Esos del Cauca destronados reyes,  
Como olvidados de tus santas leyes,  
Destruyen ¡ay! su propia libertad;  
Y dejan, por Obando, el corvo arado,  
Para que espigas nuestra tierra brote;  
¡Y no lo ven, y Obando es el azote  
Con que castigas, Dios, su iniquidad!

¿Qué es Cali? - El patrimonio de asesinos,  
Que profanan con lúbricos abrazos  
Nuestras madres, ó arrancan á fuetazos  
La hija á su padre, al hombre su mujer.  
¿Qué es Palmíra? - La herencia de villanos, \_  
Que en sus delitos el tirano ampara,  
Y pasean en báquica algazara,  
El estupro y el robo por doquier.

¿Y qué eres tú, comarca pintoresca,  
Que diste al gran Cabal su noble vida?  
¿Y qué eres tú por fin, Patria querida,  
Cuna de Torres, noble Popayán?

Reunión de esclavos viles y cobardes,  
Que temblamos de un monstruo corrompido,  
Y del flexible látigo al chasquido  
Doblamos la rodilla ante el Sultán.

¡Y el Gran Señor, que nuestras hijas vende,  
O a sus siervos en premio las regala,  
Su tibio aliento sobre el trono exhala  
Meciéndose *en* estúpida embriaguez!  
¡Los esbirros de López el Tirano,  
Que él premia, que él excita, que él consiente,  
Besan á nuestras hijas libremente,  
Y nosotros temblamos á sus pies!

¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡que no es delirio  
Azotando al anciano octogenario,  
Después de arder el chozo, necesario  
A su achacosa y trémula vejez!  
¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡A Hernández hieren,  
Sorprenden á la virgen casta y pura,  
Y entre risas contemplan su hermosura,  
Azotando su horrible desnudez!

¡Vedlos! ¡Entre las sombras de la noche  
La villa asaltan, rompen las prisiones,  
Y libran á sus bravos campeones  
Que un juez osado se atrevió á prender!  
Y el aire atruenan con sus armas roncacas,  
«¡Viva el Gobierno!» sin cesar gritando...  
¡Y aquéllos son de los que estáis temblando,  
Que vencen entre ciento á una mujer!

Aquéllos son el Pueblo *Granadino*,  
Que respeta, que implora el magistrado,  
Los que tienen las armas del Estado,  
Señores del gobierno y la Nación  
¡Ésos son nuestros amos! los potentes  
Dominadores de la vasta tierra,  
Cuyo fute flexible nos aterra -  
¡Los Anicetos del novel Nerón!...

¡Oh! ¡que pudiera yo tender el brazo,  
Saliendo de esta cárcel triste y fría,  
Sobre el tirano de la Patria mía,  
Y pecho á pecho batallar con él!  
Entonces viera el socialista infame

Si son nuestras esposas baratijas,  
O impúdicas ramera nuestras hijas,  
O nuestra patria su infernal burdel;

Entonces viera el socialista, viera  
Si á su mano, al garrote acostumbrada,  
Le luce tanto el puño de una espada,  
Como le luce una orden de prisión;  
Y el *grande vencedor de las mujeres*,  
Pie con pie, frente á frente, mano á mano,  
Quizá hallara el papel de Coriolano  
Menos cómodo asaz que el de Nerón;

De ese Nerón hipócrita y bastardo,  
Que su mirada de lascivia pudo  
En el cadáver pálido y desnudo  
De su difunta madre deleitar,  
Cual deleita sus ojos, inyectados  
De sangre y de venganza, aquel malvado  
Que de la Patria el cuerpo desgarrado  
A sus plantas se goza en contemplar.

....

Duerme el león en la escarpada Pasto  
Tranquilamente, de su selva dueño:  
¡Ay del que turbe su imponente sueño,  
Que de sus garras víctima será!  
Y cabe el Cauca noble y caudaloso,  
Del león el cachorro juguetea,  
Prueba sus fuerzas, y el rugir desea  
Con que el padre á la lid le llamará...

¡Sur! ¡cuna de valientes! ¡has oído  
El látigo zumbar, y no despiertas!  
¡Leones! ¡tenéis á vuestras hembras muertas  
Y aun halláis en dormir seguridad!  
¡Qué! ¿No basta esto? --¡Y en la jaula indigna  
Columpiaréis los miembros mansamente!  
Y de la noble y orgullosa frente  
Rendiréis, sin lidiar, la majestad!...

Al yugo paternal nos sustrajimos,  
Y á ser hombres y libres aspiramos,  
Y por no ser esclavos, quebrantamos  
A sangre y fuego la cadena vil.

¡Y hoy una nueva aristocracia impera  
Se jacta el crimen de su cetro regia.  
Y tiene sólo el crimen privilegio  
De imponernos su ley con el fusil!

Arrojamos un rey de nuestras playas,  
A cuyas plantas se postraba el mundo;  
El genio de Bolívar sin segundo,  
Indigno de mandar nos pareció.  
Y López hoy, Dulcey, Guáinas, Obando,  
Hacen causa común con los esclavos,  
E impunes vejan á los mismos bravos  
Que el genio de Bolívar respetó.

Pero no reinarán, que el mal se gasta-  
Y cesará su bárbaro recreo: -  
Tendrá Israel al fin su Macabeo;  
Tendrán los Holofernes su Judit.  
¡No hay más Señor que Dios! - ¡Él nos asista!  
¡No hay más Señor que Dios! - ¡con Él vivamos!  
¡No hay más Señor que Dios! - ¡en Él confiamos!  
Dios - por Dios - de Dios - será la lid.

¡López! Yo os acusé *de tiranía*  
Para probar al mundo lo contrario,  
Buscáis un juez infame y mercenario,  
Que una prisión á mi inocencia dé;  
Así Nerón, para probar al mundo  
Que no es de Roma el destructor aleve,  
En los cristianos, cuya sangre bebe,  
Los incendiarios de su patria ve.

¡Oh! tenedme encerrado, y ciego y mudo.  
No permitáis que ande, mire, ni hable;  
En este estado triste y miserable,  
Prueba elocuente de mi dicho soy;  
Es sentencia que mis brazos ata,  
Es sentencia que de hablar me priva,  
No impide, no, que el pensamiento viva  
Y salve el muro do encerrado estoy.

Aquellas rejas que á la luz se oponen,  
Del humano poder vanos ensayos,  
Podrán del Sol interceptar los rayos,  
Pero eclipsar mi pensamiento - no.  
Aquí tenéis mi cuerpo flaco, enfermo,

Y sometido á vuestro férreo yugo  
¡Herid! ¡Herid! ¡gozad! ¡gozad! verdugo;  
Eso que estáis hiriendo no soy yo.

Yo no estoy *todo* aquí: yo tengo un alma,  
Que no se agobia ante el poder humano,  
Y que se burla del esfuerzo vano  
Con que queréis matar su libertad  
Un alma libre, invulnerable, osada,  
Que anda de clima en clima libremente,  
Que sólo de su Dios omnipotente  
Invoca la justicia y la piedad;

Ella tiene sus alas, ella salva  
Guardián, y reja, y calabozo, y muro,  
Y el pensamiento, sin temer, seguro,  
A otra región sobre esas alas va.  
¿Qué me importan los grillos, las cadenas,  
Los tormentos del bárbaro impotente?  
Nada de eso deshonra al inocente;  
Infamia eterna á sus tiranos da.

¡Persecución! ¡Persecución bendita!  
A Sócrates le diste tu cicuta,  
Y abriste á los Apóstoles la ruta  
Por do se llega al trono del Señor.  
¡Persecución! ¡Persecución! ¡no vayas  
A olvidar á tu víctima escogida!  
¡Sigue amargando mi angustiada vida,  
Mientras haya en mi Patria un opresor!

Haz que se cumpla, *para el bien de todos*,  
En mí sólo la triste profecía;  
¡Que me degüellen, y la sangre mía  
Ahogue al tirano y su poder fatal!  
Ya me han predicho que á la cárcel vengo  
Para morir; abierto está el camino  
No esquivaré mi pecho al asesino  
Que festeje en mi sangre su puñal.

No quise huir, que la sentencia infame  
Siempre es sentencia, y mi deber me ordena  
Someterme al tormento, á la cadena  
Cuando haya un Juez que lo disponga así.  
Ante tu bien, ¡oh, Patria de mis hijos!  
Yo doblo humilde la marchita frente;

No tanto de mancha estoy: soy inocente;  
Me siento digno de sufrir por ti.

No tanto como aquel que vio en el padre  
Su sacrificador, cuando inocente  
Puso en su Dios los ojos reverente,  
Y esperó humilde el golpe de Abrahán;  
No tanto como el tierno corderillo  
Blanco, que al año, en Israel moría  
Esos eran de Dios: no, Patria mía,  
No tan puras tus víctimas serán.

Dios, sólo Dios merece que en sus aras  
Muera, á manos del recio carnicero,  
Ese manso profético cordero  
Que lame el hierro que le va á matar.  
¡Patria! Tú no eres Dios, y no mereces  
Lo que se debe á Dios: eres su hechura;  
Tú mereces amor de la criatura,  
Pero sólo el Creador merece altar.

¡Patria! Por ti sacrificarse deben  
Bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre,  
Todo, aun los hijos, la mujer, la madre,  
Y cuanto Dios en su bondad nos dé.  
Todo, porque eres más que todo, menos  
Del Señor Dios la herencia justa y rica  
Hasta su honor el hombre sacrifica  
Por la Patria - y la Patria por la Fe.

¡Guardemos nuestra Fe! Grande es el mundo,  
Y si nos falta tierra en que vivamos,  
No ha de faltarnos tierra en que muramos-  
Unas pocas pulgadas bastarán.  
Y- ¡adiós, tiranos! - ¿Quién podrá arrancarnos  
Ya nuestra libertad y nuestra vida?  
¿Quién echar de su Tierra prometida,  
Al que guardó tu ley, Dios de Abrahán?

....

Y tú, juez tremebundo, ¡escucha! ¡escucha!  
Ama el tigre á su hembra; el gallo ufano  
Da á su gallina el encontrado grano;  
Cuida á su yegua el infeliz rocín:  
Son más nobles que tú. Tú al ver la reina  
De la creación, la muerte ya respiras,  
Y á los ministros, mandas, de tus iras:



«¡Lanza sin distinción, fuego sin fin!»

Sí, recuérdalo bien, y no nos niegues  
Lo que oímos, y vieron nuestros ojos...  
¡Oh, tú, baldón aun de los mismos rojos,  
¿Tú también sin castigo quedarás  
El que afrenta al valiente que ha vencido  
En mil batallas, y matar le ordena  
A una ¡mujer! ¿no tiene una cadena?  
¿Sin jaula y libre y sin castigo estás?

Si te obedece el noble veterano,  
Y hubieses conseguido tu victoria,  
Grande fuera tu honor, mayor *tu* gloria,  
De asesinar al tímido escuadrón.  
Uno, dos, ó trescientos cuerpos menos  
¿Qué le importan á tu amo ni á tu estrella?  
Anciana y joven, y virtuosa y bella,  
¡Siempre *solemnizaban tu función!*

La mirada inocente, la mejilla  
De nieve y rosas que el valor respeta,  
Embotan sable y lanza y bayoneta,  
Apagan el mortífero fusil;  
La muerte misma se rebela y teme  
Ante aquella legión célica y pura:  
Sólo en ti cabe, ¡oh Juez! esa alma dura,  
Que te hace tan *valientemente vil.*

¡Oh, impasible! ¡oh, imparcial! ¡oh, denodado  
¡En cuyas manos baila la justicia,  
Siempre hostil al honor, siempre propicia  
Al crimen, ó al que crimen *puede* ser!  
¡Eres un Escipión, un Fabio, un Bruto!  
Eres capaz, con treinta batallones,  
Y cien mil bayonetas y cañones  
De arcabucear, temblando... ¡á una *mujer!*

¡Oh, juez! ¡oh, Juez ! electo con tu voto,  
Para manchar de la justicia el ara,  
Aquí escribo tu nombre en letra clara,  
Y si mis versos viven, vivirás.  
Doctor Miguel Valencia - ése es tu nombre.  
Deja, Miguel valencia, que te llame,  
Y el futuro maldiga al juez infame  
Que quiso ser verdugo - y nada más.

POPAYÁN, 7 de marzo de 1851

## AL CONGRESO GRANADINO

Do quiera se reúnen mis nobles compatriotas,  
Do quiera bulle el genio ardiente de Granada,  
La libertad germina, la libertad amada,  
Que en mil combates fieros supimos conquistar.  
No soy de los que piensan que una reunión de ilotas,  
Baldón de nuestra Patria, se encuentre en su Congreso  
Os reconozco libres, ¡oh Padres! ¡y por eso,  
Desde mi cárcel lóbrega os quiero saludar!

Yo sé que sabios, fuertes, al par que poderosos,  
Sabréis poner un dique al rápido torrente,  
De cuyas turbias ondas el ímpetu vehemente  
Arrastra casi exánime, la ahogada libertad.  
¡Oh, Padres! vuestros brazos, fornidos, valerosos,  
A la defensa vengán del pueblo granadino,  
Y cambien, con un golpe, su rígido destino,  
Tornando á nuestras leyes su antigua majestad.

El código sagrado do están nuestros derechos,  
Guardemos cual se guarda el ángel en la cuna;  
Hagamos que se opongá tribuna á la tribuna,  
Mas no que á la tribuna se opongá la prisión.  
La fuerza á la palabra - á la razón los hechos,  
Oponen los tiranos al crimen avezados;  
Tal fuera la doctrina que en tiempos olvidados  
Siguió en sus conversiones la negra Inquisición.

¿Por qué, si fue sincero el déspota arbitrario,  
Que quiso se ensanchasen los lindes de la prensa,  
Adoptan sus satélites por única defensa  
Llevarnos á la cárcel con mano liberal?  
¡Oh Padres! ¿somos libres aquí do el mandatario  
Impónele sus grillos al pensamiento mismo  
Y donde se contesta severo silogismo  
Con una cárcel lúgubre y el filo del puñal?

¡Ved a la noble Roma! su esclavitud empieza  
Desde que el pueblo tímido desierto deja el foro,  
Y desde que le impiden que en numeroso coro.

Celebre con estrépito la voz del orador.  
El que habla ante los pueblos se viste de firmeza  
No es escritor anónimo, detesta la mentira;  
Por sus palabras mágicas, que el patriotismo inspira  
Le empeña á la República la prenda de su honor.

La voz de los Demóstenes salvó á la sabia Atenas;  
La voz de los O'Connells se asocia al raudo viento,  
Y el pueblo, entusiasmado por su sonoro acento,  
Conquista á pasos rápidos su antigua libertad.  
Nuestro tirano en tanto, forjando sus cadenas,  
Nos dice con acentos hipócritas, fingidos  
«Tenéis libres los ojos, esclavos los oídos -  
Protejo la calumnia, persigo la verdad.»

Y dicen sus sectarios : «¡Sois libres, granadinos!  
¡Cargadas de cadenas escriben vuestras manos,  
Y sufren, sin embargo, los que llamáis tiranos,  
Que salga de las cárceles el grito del dolor!»...  
Los mártires cristianos sus cánones divinos  
Murieron defendiendo, en la incendiada hoguera,  
Y *libres* exhalaban su queja lastimera,  
Porque era con su espíritu la gracia del Señor.

Así cuando nosotros obramos *libremente*  
La muerte desafiando, que en premio se nos brinda,  
Sabemos que la tumba nos libra y nos deslinda;  
Del absoluto imperio del bárbaro servil;  
Y emancipando el alma libérrima y ardiente  
De todos los esfuerzos del pérfido Tirano,  
Decidnos - *¡Somos libres!* -dejando el barro humano  
A que entretenga el látigo, la cárcel y el fusil.

Decid: ¿seremos libres aquí, donde los jueces  
Absuelven el delito, condenan la inocencia,  
Y esperan que el Tirano les dicte la sentencia  
Que, máquinas estúpidas, repiten al copiar?  
¿Aquí, donde arrastrado por bárbaros soeces  
A oscuros calabozos, el pobre ciudadano,  
Entre el voto tímido, y prueba del tirano  
La voluntad despótica, cual siervo, á adivinar?...

Ved la horda de bandidos que cruza nuestra tierra,  
Sorprende nuestras vírgenes, arráncalas del lecho,  
Y de sus labios trémulos, con el puñal al pecho,  
Exige... ¡exige un crimen, gritando Libertad!

Y débele al gobierno las armas con que aterra;  
El grito ¡Viva López! indica el atentado,  
¡Y de ese nuestro déspota el nombre pronunciado,  
Es prueba de delito, señal de impunidad!...

¡Oh jóvenes magnánimos, que el lúcido camino,  
Trillado por los mártires, seguís entusiasmados  
¡Venid! ¡llenad las cárceles que purgan los pecados  
De amor á nuestra Patria, á Dios y á la Virtud!  
¡Venid! ¡seréis las víctimas, y el pueblo granadino  
Verá con reverencia el ópimo tributo,  
Que, por guardar el orden, al déspota absoluto -  
Á López el tirano - pagó la juventud!

Dejad que los areópagos condenen á los justos;  
Dejad que los Nerones ordenen su suplicio  
De Sócrates y Séneca al duro sacrificio,  
Hasta los siglos últimos darán su admiración.  
De la virtud vosotros apóstoles augustos,  
Seréis como los faros que marquen á lo lejos  
Del tiempo en el Océano, con lúcidos reflejos,  
Los triunfos incruentos de Dios y la razón.

Contemplen entretanto con ávida mirada  
De estúpidos placeres la saturada esponja,  
Y chúpennla, y en medio de pródiga lisonja,  
Celebren nuestros déspotas su cínico festín.  
¡Sigamos! la materia dejemos olvidada  
¡Sigamos! y el espíritu al cielo encaminemos  
Que gocen los tiranos: ¡nosotros gozaremos,  
Cuando ellos en el túmulo padezcan de Caín!

Confiemos entre tanto que el Cuerpo poderoso  
Do ocupan sus curules los dignos elegidos,  
Ministros de las leyes, del pueblo los ungidos,  
Sabrá salvar enérgico la ahogada Libertad...  
¡Oh, sí! ¡Que del Congreso el brazo valeroso  
A la defensa venga del pueblo granadino,  
Y cambie, con un golpe, su rígido destino  
Tornando á la República su antigua majestad!

FIN